



RELACIONES CON LOS ANIMALES EN LAS CULTURAS NATIVAS DE NORTEAMÉRICA

Cuando los primeros europeos llegaron a Norteamérica se hablaban en aquel territorio más de 500 lenguas, lo que puede dar una idea de la enorme diversidad de culturas existente. Si el pensamiento occidental moderno de los colonizadores que avanzaban hacia el oeste estaba marcado por la distinción radical entre materia y espíritu, en virtud de la cual se sellaba una meridiana separación del hombre del resto de la naturaleza y especialmente de los animales, puede resaltarse como característico que para los pueblos nativos de aquellas tierras lo sagrado impregnaba la naturaleza y a todos sus seres.

Los animales, a los que como hijos también de la madre tierra o gran espíritu estaban unidos por lazos de fraternidad, eran considerados intermediarios de la divinidad. Así, según declaraba el jefe siux Oso en Pie, «la creencia de que todas las criaturas de la tierra, del cielo y del agua pertenecían a una misma familia era un principio irrefutable y absoluto», lo que sin duda les hubiese llevado a aceptar la teoría de la evolución de Darwin (convenientemente despojada de sus

victorianas adherencias teleológicas) con más facilidad que a quienes les tachaban de salvajes mientras les usurpaban sus territorios. Los animales tenían derechos propios, por lo que «respetaron la vida de todos aquellos que nos les eran imprescindibles para su sustento y su ropa».

Para el escritor de origen siux Ohiyesa, los pueblos indígenas «unían a su orgullo una humildad singular» que desterraba de sus vidas la arrogancia espiritual y su consecuente antropocentrismo. Si en nuestros lares el lenguaje o logos se ha considerado la cualidad definitiva del ser humano sobre la que se ha establecido una diferenciación irrefutable con el resto de los animales, Ohiyesa cuenta que para los pueblos indígenas el poder de la palabra no constituía prueba alguna de superioridad sobre el resto de los animales, pues ven en el silencio una señal de perfecto equilibrio del cuerpo, la mente y el espíritu para evitar caer en la fácil vanagloria. Este autor señala cómo buscaban reforzar esta camaradería especial con los animales a través de la adopción de un animal como tótem, que



pasaba a convertirse en la figura emblemática de su sociedad, familia o clan. Otro gran jefe siux, Alce Negro, declaraba en sus últimas entrevistas: «Antaño éramos felices en nuestra tierra y rara vez sentíamos hambre, ya que en ese tiempo los de dos piernas y los de cuatro vivíamos juntos como una familia; y teníamos suficiente para ellos y para nosotros». Independientemente de la idealización en la que pudiese caer al hablar de un mundo que estaba siendo literalmente eliminado, es significativa su referencia a la percepción de una vida conjunta entre los seres humanos y los otros animales, y quizás por ello fueron merecedores del mismo trato por parte de los colonizadores. Escuchemos a Alce Negro: «Pero cuando llegaron los *wasichus* (hombre blanco) hicieron islas para nosotros y otras pequeñas islas para los de cuatro patas, y esas islas son cada vez más pequeñas, porque alrededor de ellas se agita la marea invasora de los *wasichus*, y es una marea sucia, llena de mentiras y de codicia».

A pesar de que la mayoría de estas culturas, y principalmente las mujeres, practicaban una

agricultura mucho más desarrollada de lo que en principio cabe deducir del imaginario tan tergiversado que nos ha forjado la abundante filmografía, y siendo ajenas a la ganadería como eran, les era imprescindible cazar para vivir. En ocasiones, debían intensificar esta actividad a la fuerza a medida que los conquistadores iban expoliando sus campos más fértiles. Pero lejos de banalizar esta trascendental actividad para su supervivencia, se respetaba al animal abatido hasta el punto de dirigirle oraciones y ritualizar su sacrificio. Según Ohiyesa, «su respeto por la parte inmortal del animal, su hermano, a menudo le lleva hasta el punto de extender con gran ceremonia el cuerpo del animal y decorarle la cabeza con pintura y plumas. Luego permanece de pie ante él en actitud de oración, sosteniendo la pipa cargada, en señal de que ha liberado con honor al espíritu de su hermano, cuyo cuerpo se ha visto obligado a tomar para mantener su propia vida». En palabras del apsároque Thomas Yellowtail: «En la vida del indio tradicional, la caza era una ocupación principal, y la actitud con la que cazaba cada



Ovino en barbechos. Foto: M^a Carmen García.

hombre era tan importante como las armas que llevaba. Cada cacería mayor comenzaba con la purificación de un baño de vapor y una oración. En todo caso siempre había el ofrecimiento del tabaco fumado y una oración».

Este barniz tan hondamente sagrado da idea del valor que tenían los animales, especialmente el bisonte, también en la base de su economía. Según cuenta Joseph E. Brown, Alce Negro resaltaba la especial generosidad de este animal, pues su pueblo satisfacía casi todas sus necesidades físicas con todo lo que el bisonte proporcionaba: pieles para cubrir las tiendas y vestirse, cuernos y huesos para herramientas y utensilios, tendones para hilos, y cien artículos más de todas las partes del cuerpo del animal. Para el jefe siux, «el bisonte era una madre que todo lo daba, que alimentaba al pueblo y, en el especial cuidado de sus crías, ofrecía un ejemplo de devoción mezclada con sacrificio. Así el bisonte era eminentemente sagrado, *wakan*, y contenía en esencia la naturaleza generosísima de la propia tierra». Lo inevitable de dar muerte al animal, del que obtenían

gran parte de sus principales recursos, se tornaba en motivo de respetuoso recuerdo y homenaje.

Pero llegó la destrucción, quizás la primera gran matanza industrializada de animales. Alce Negro rememoraba: «los bisontes eran tantos que no se podían contar; pero más y más *wasichus* llegaron para matarlos hasta que no quedaron más que montones de huesos esparcidos allí donde los rebaños solían estar. Los *wasichus* no los mataban para comer; los mataban por el metal que los enloquece, y solo se llevaban las pieles, para venderlas. A veces ni siquiera se llevaban las pieles, solo aprovechaban las lenguas de los animales (...) Algunas veces, ni siquiera se llevaban las lenguas; solamente mataban y mataban por el gusto de matar. Cuando nosotros cazábamos bisontes, solo abatíamos a los que necesitábamos». Conscientes de dicha importancia, los paladines de la civilización diezmaron premeditadamente la población de bisontes con encarnizada saña hasta su práctica extinción. De ello se encargaron los cazadores, con la permisividad —cuando no complicidad— del ejército norteamericano; los unos con

el objetivo principal de hacer beneficios rápidos, *de facto* lo único divino para ellos, o por matar su propio aburrimiento, y los otros para socavar este fundamental medio de producción de los pueblos nativos y exterminarlos a ellos y a su cultura, dejando así libre paso a la expansión de esa otra gran estructura de tintes sacros tan ajena a la cultura india: el Estado.

Enrique González
Activista y autor de la tesis *Pensar los animales en Jacques Derrida*

Bibliografía:

- T. C. McLuhan. *Tocar la tierra. Autorretratos de los indios de América del Norte*. Ed. Octaedro.
- AA. VV. *Canto por los animales. El indio y los animales*. Ed. José J. Olañeta.
- Manuel Sacristán, *Sobre Gerónimo*. Ed. El Viejo Topo.
- Cristian F. Feest (ed.). *Culturas de los indios norteamericanos*. Ed. Könemann.



La experiencia de la gestión comunal de pastos en Orozko

Zigor Gorostiaga. Orozko [Bizkaia]

<http://itxinapekookela.blogspot.com.es>

Itxinapeko Okela es una explotación situada en Orozko, formada por 40 madres de las razas autóctonas pirenaica y terreña, que pastan de mayo a noviembre en los pastos comunales de las faldas del macizo de Itxina, en el Parque Natural de Gorbeia. Se cierra el ciclo de la producción con la venta directa.

Zigor empezó de la mano de su padre con 20 vacas, por afición, y estuvo trabajando como veterinario en ganadería intensiva hasta el momento en que, por vocación, decidió dejarlo y dedicarse a ser ganadero. Dice que con 40 vacas se puede vivir apostando por la venta directa, siendo coherente y cambiando el modelo de explotación, disminuyendo los gastos y aprovechando las 40 ha de pastos comunales a las que tiene acceso.

Una de sus principales preocupaciones ha sido la alimentación del ganado. Actualmente, está basada en pastos, forrajes y en la fase última del engorde la complementa con la compra de grano (cebada, maíz, haba y guisante). Ha seguido un proceso en el que ha ido eliminando la soja y el aceite de palma. Zigor intenta comprar lo mínimo y usar recursos propios, como la leche de las madres, y aprovechar más el pasto en verano. Una parte de los forrajes la compra en fincas cercanas.

En su municipio la ganadería persiste gracias a la defensa de los pastos comunales, que ha impedido que se hayan sustituido por masa forestal y plantaciones de pino. Ahora uno de los retos es adaptar las ordenanzas del municipio que los regulan. «Hasta ahora solo por ser vecino del pueblo puedes echar los animales al monte, pero sería necesario dar más importancia a una gestión de pastos basada en 3 pilares: el social (por ejemplo, facilitar el acceso a jóvenes), el medioambiental (diversidad de especies, manejo sostenible de los pastos y lucha contra la intensificación) y el económico (priorizar el acceso a quienes viven de la ganadería). La ordenanza debe ser una herramienta dinámica que active el uso sostenible de los pastizales».

El Ayuntamiento es propietario de unas 1.100 ha calificadas como pastos y la Asociación de Ganaderos se encarga de su gestión. Con la nueva ordenanza, se ha creado una comisión de seguimiento cuyo objetivo es regular el acceso al pasto público con criterios consensuados y priorizar el tipo de explotación más sostenible. «Todo apunta a un debate sobre a qué modelo y tamaño de explotación se le debe facilitar el acceso a los pastos. Por ejemplo, si se calcula que 80 vacas es un tamaño de explotación que permite vivir de la ganadería, a las explotaciones con 200 vacas solo se les permitiría el acceso de 80 de ellas».

La principal amenaza para los pastos es la cultura heredada de la producción industrial y que la gente tiene la ganadería como un complemento a otra actividad económica e incluso como afición, con lo que se pierde la actividad productiva de los pastizales. Pero una de las preocupaciones más importantes es la ruptura generacional. «La media de edad de los ganaderos es de más de 60 años y en el pueblo hay pocos jóvenes. No quieren dedicarse a esto puesto que durante años se ha menospreciado la actividad ganadera e incluso se ha perdido la cultura asociada a ella. Es necesario abrir la normativa y facilitar el acceso de los pastos a jóvenes de municipios vecinos y defender un determinado modelo y dimensión de explotación. Pero el que venga que se quede y se asiente en el pueblo. La esperanza actual es que existe la alternativa del modelo agroecológico».